

# Nos gustaría ser pueblo

Los regímenes políticos en España duran 40 años

Francisco José Alonso  
/ Amando de Miguel

El tiempo pasa sin anunciar su prisa, dicen los que saben. Vamos a celebrar pronto los 40 años del tránsito de **Francisco Franco**. Algunos no se han enterado todavía de una constante cronológica: los regímenes en España duran 40 años. Así el de Franco y así la Transición Democrática. Lo malo es que de ese hecho no parecen haberse percatado los actuales líderes de los partidos que han gobernado en la Transición. Unos y otros consideran ingenuamente que sus adversarios son ellos solos. No es así. Quieran o no, van a tener que contar con los llamados partidos emergentes; los cuales, para mal y para bien, van para arriba. Sencillemente, recogen el malestar y la indignación de los «paganos» de la crisis.

Lo lógico sería esperar una alianza defensiva del PP y del PSOE (al estilo alemán), pero eso será lo último que se les ocurra. Sus respectivos mandamases se desprecian. Allá ellos. Una «gran coalición» PP-PSOE tiene en España el porvenir del motor diésel. Podrá ser muy eficiente, pero contamina mucho.

No sé cómo se va a llamar el régimen que ahora comienza, pero sí cavilo que el esquema de partidos políticos va a diferir mucho

*Los partidos da la sensación que están para ayudarse entre ellos, armar entramados y taparse los chanchullos. La fiesta nos sale cara*

del que hemos conocido. De momento no lo parece, pues los líderes de todos los partidos son «conservadores» en el peor sentido de la expresión. Mantienen una organización y unos principios que poco o nada difieren del esquema de la Transición. Por ejemplo, todos ellos pretenden seguir siendo subvencionados por el Estado. Lo que es más grave, todos ellos se aferran a una estructura oligárquica, en la que cuenta sobre todo el «aparato» y sobresalen las personalidades de los que mandan. Es decir, seguimos con una democracia de partidos, la que hemos disfrutado o padecido durante los últimos 40 años. Solo que ahora es la sombra decadente de lo que fue.

De nada vale que a los «llamados a las urnas» nos consideren «ciudadanía». Eso está bien para los discursos. Realmente seguimos siendo súbditos, vasallos, contribuyentes. Además, «ciudadanos» parecen ser solo los de un partido. Nos gustaría ser «pueblo»,

una hermosa palabra en desusó. En español la voz «pueblo» indica tanto la pequeña localidad física como sus habitantes. No importa que los paisanos le den a uno de lado. Uno es de su pueblo chico y de su pueblo grande (la patria). Podrá dar tumbos como emigrante o como semoviente, pero las raíces resultan indestructibles. La noción de pueblo alcanza no solo a sus habitantes, implica también la palabra comunidad, porque comparten una misma cultura, una misma historia. Un dirigente de un pueblo debería ser uno de sus líderes que emerge del grupo, porque lo representa y a su vez, el pueblo los respeta. Este concepto va más allá del «ciudadano», que por definición es el habitante de las grandes ciudades, se han excluido los campesinos y habitantes de zonas rurales y pequeños pueblos. El conjunto completo de personas que constituyen un país con gobierno independiente, el conjunto de pueblos, constituye una nación.

Si los españoles todos fuéramos «pueblo» nos harían más caso, no solo para votar o para dar nuestra opinión en las encuestas. Quizá desapareciera la peor lacra que arrastramos desde hace mucho tiempo: la idea de que la carrera política es para enriquecerse personalmente, los partidos políticos da la sensación de que están para ayudarse entre ellos, armar entramados y taparse los chanchullos. La fiesta nos sale cara.

## EL HUMOR DE ÁLVARO

Director de BANKIA engañando a Iker Casillas...

Álvaro

